

drarias, fue armada y costada por el rey. O difícilmente los españoles podían escandalizarse con el homosexualismo (254) pues era opción también usual en la Península.

Otros asertos son indemostrables, nadie sabrá jamás si «Colón creía que Dios le guiaba», o si «los conquistadores [...] temían el infierno. Incluso la conquista de Cuba fue acogida como un triunfo religioso» (99). Y por añadidura se contradicen con otros párrafos del mismo libro, sostiene de Cortés «si bien sinceramente cristiano, podía muy fácilmente combinar su fe y su comportamiento con la conciencia de que tanto la una como el otro le eran útiles» (191) o habría dicho a Moctezuma, sustituyendo los ídolos por una cruz y una imagen de la virgen «verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace» (214), lo que malicio es, en todo caso, muestra del cinismo del extremeño. Recordando crueldades de Cortés en Cholula y Tepeaca, vuelve sobre la cuestión y añade «Pero parece que Cortés era, de acuerdo con sus luces, un cristiano convencido» (637). Tampoco nadie puede demostrar que Carlos I «estaba convencido de que su deber consistía en salvar la unidad de la cristiandad» (588). Siempre en esta línea, intenta encontrar una explicación, bien peregrina por cierto, a la extraña muerte de Catalina, la esposa de Cortés (638).

Recordando la reseña de Ferlosio y las crueldades de la conquista, es estrafulario e incoherente condenar la dantesca violencia de nuestro desafortunado fin de milenio y sacralizar y legalizar la de hace 500 años.

**Miquel Izard**

**Wright, Ronald, *Continentes robados. América vista por los indios desde 1492*, Madrid, 1994, Anaya & Mario Muchnik, 496.**

Traducción de *Stolen Continents* publicado en 1992. Año en que a raíz del quinto centenario de 1492 se publicaron sopotocientos libros de lo que llamo **Lal** (Leyenda apologética y legitimizadora) de la conquista de América, reimpressiones innecesarias, ditirambos sobre los invasores, falacias acerca de los agredidos, enmascaramiento de la violencia o ninguneamiento del rechazo y la resistencia a la embestida. Ante este alud son muy bien recibidos, como agua de mayo, los bien escasos, pero más que suficientes, trabajos elaborados como alternativa a los anteriores.

Para que no quede duda alguna sobre lo que Wright piensa de tantos historiadores que son meros funcionarios del olvido encabeza el prólogo de su libro reproduciendo lapidaria frase de Samuel Butler, «Dios no puede alterar el pasado, los historiadores sí».

Como enfatiza el subtítulo se trata de una crónica del devenir americano, desde 1492, elaborada a partir de la perspectiva de sojuzgados o exterminados, centrándose en aztecas, mayas, incas, cherokees e iroqueses, en tres etapas, Invasión, Resistencia, Renacimiento, utilizando, y de forma muy correcta, una abrumadora cantidad de bibliografía.

El intento, por sí sólo, ya es encomiable pero además, pienso que es de agradecer que Wright aporte cantidad de juicios e informaciones colaterales, antagónicos de los que suele perpetrar la **HO** y, por falta de espacio, sólo podré mencionar los que tendría por más relevantes. Pone más de una vez en evidencia el eurocentrismo de la **Lal** juzgando las culturas americanas según los parámetros occidentales o las tacha de atrasadas si no siguieron la evolución tecnológica del viejo mundo o proclama que los jeroglíficos mayas no son escritura verdadera por que el hombre blanco ha sido incapaz de descifrarlos. Recuerda que las culturas nativas eran armónicas, ecologistas, que sus gentes estaban incapacitadas para los negocios lucrativos por girar su moral en torno a la reciprocidad o que la democracia, verdadera, de los iroqueses funcionaba, que tenían su lógica y su ética, tan distintas de las nuestras y, por citar un caso, reproduce la alocución del cherookee Onitositha, «Ustedes dicen: ¿Por qué los indios no cultivan la tierra y viven como nosotros? No podríamos, por nuestra parte, con la misma corrección, preguntar: ¿Por que el pueblo blanco no caza y vive como nosotros? ... Somos un pueblo distinto» (244). Denuncia más de una vez la violencia de los invasores, el recurso a la guerra bacteriológica, a la violación para destruir culturalmente a los aborígenes, o las dantescas penalidades sufridas por las naciones del Norte cuando fueron expulsadas de sus tierras y obligadas a dirigirse a las reservas.

He mencionado el ecologismo, en 1978 y en el Congreso, el cherookee Jimmie Durham enfatizó, «En el idioma de mi pueblo hay una palabra que significa tierra, Eloheh. Esta misma palabra también significa historia, cultura y religión. No podemos separar nuestro lugar en la tierra de nuestras vidas en la tierra, ni de nuestra visión y significado como pueblo. Desde la infancia se nos enseña que los animales e incluso los árboles y plantas son nuestros hermanos. De modo que cuando hablamos de tierra no estamos hablando de propiedad, de territorio y ni siquiera del trozo de tierra sobre el cual están situadas nuestras moradas y crecen nuestros cultivos. Estamos hablando de algo verdaderamente sagrado» (370-371).

Me provoca concluir con una de las últimas frases del epílogo de una obra, poética, que es a la vez un manifiesto delatando canalladas de los asaltantes, mentiras de las crónicas u olvidos de la **HO**, «No hay ottawas en Ottawa, ni manhattans en Manhattan. Un nombre en el mapa es con frecuencia la única lápida de un pueblo asesinado. En muchas partes, desde Terranova hasta la Patagonia, incluso los nombres están muertos. Pero como atestiguan las voces que hablan en este libro, también hay millones que sobreviven. Ignorar su existencia y sus deseos significa convertirse en cómplice del asesinato. Son demasiados para morir» (411).

**Miquel Izard**